

PERSONALIDAD, AUTOESTIMA, ESPIRITUALIDAD Y RELIGIOSIDAD DESDE EL MODELO Y LA TEORÍA DE LOS CINCO FACTORES

PERSONALITY, SELF-ESTEEM, SPIRITUALITY AND RELIGIOSITY WITHIN
THE FIVE-FACTOR MODEL AND THEORY

Recibido/Received:
15/9/2014

Aceptado/Accepted:
12/3/2015

Hugo Simkin¹, Susana Azzollini^{1,2}

¹ Universidad de Buenos Aires, ² CONICET

hugosimkin@psi.uba.ar

Cómo citar este artículo:

Simkin, H. & Azzollini, S. (2015). Personalidad, autoestima, espiritualidad y religiosidad desde el modelo y la teoría de los cinco factores. *PSIENCIA. Revista Latinoamericana de Ciencia Psicológica*, 7, 339-361. doi: 10.5872/psiencia/7.2.61

Resumen: En los últimos años, el Modelo de los Cinco Factores (FFM) ha permitido clasificar los múltiples rasgos que componen la personalidad en cinco dimensiones: (1) Apertura (2) Responsabilidad (3) Extraversión (4) Amabilidad y (5) Neuroticismo. Posteriormente, la Teoría de los Cinco Factores (FFT) ha contribuido a comprender el modo en que los cinco factores interactúan con el ambiente y la cultura en la formación de actitudes, valores y creencias, definidas en el sistema de la personalidad como características adaptativas. En la actualidad, se ha sugerido que tanto el FFM como el FFT resultan de amplia relevancia para el estudio de la religiosidad, la espiritualidad y la autoestima de las personas, en tanto que permitirían integrarlas en el contexto del Sistema de la Personalidad. El presente trabajo se propone revisar los antecedentes en relación al vínculo entre la autoestima, la religiosidad y la espiritualidad en el marco del FFM y del FFT.

Palabras clave: Personalidad — Autoestima — Religiosidad — Espiritualidad — FFM–FFT

Abstract: In recent years, the Five Factor Model (FFM) has classified multiple personality traits within five dimensions: (1) Openness (2) Conscientiousness (3) Extraversion (4) Agreeableness and (5) Neuroticism. Subsequently, the Five Factor Theory (FFT) has helped understand how the five factors interact within an environment and culture. Also how it impacts in the shaping of attitudes, values and beliefs, and defining Characteristic Adaptations. Most recently it has been suggested that both the FFM and FFT are widely relevant to the study of religion, spirituality and self-esteem. This paper aims to review the background in relation to the link between self-esteem, religiosity and spirituality in the context of the FFM and FFT.

Keywords: Personality — Self Esteem — Religion — Spirituality — FFM–FFT

El estudio de la personalidad representa una de las áreas de mayor relevancia para la Psicología, al punto que resulta uno de los objetos de estudio de mayor presencia en la literatura académica (Yang & Chiu, 2009). En la actualidad, la teoría de los rasgos constituye uno de los enfoques más empleados para su estudio (John, Robins, & Pervin, 2010). Desde este enfoque, los rasgos se definen como patrones de pensamientos, emociones y comportamientos que se mantienen relativamente estables a lo largo del ciclo vital (Costa & McCrae, 1980; Kassin, 2003). Aunque diferentes modelos han intentado clasificar la multiplicidad de rasgos de la personalidad en diferentes categorías (Ashton & Lee, 2001; Cattell, 1950; Eysenck & Eysenck, 1976; Piedmont, 1999), actualmente el Modelo de los Cinco Factores (Five Factor Model, en adelante FFM, Costa & McCrae, 1980) se destaca entre los que han cobrado mayor aceptación (Depaula & Azzollini, 2013). Sin embargo, una de las principales críticas que ha recibido el FFM radica en que, al tratarse de un enfoque descriptivo, no explica el modo en que los rasgos se construyen, desarrollan o afectan a otros constructos psicológicos (McCrae & Costa, 1996, 2010). Si bien se han propuesto diferentes teorías que intentaron dar respuesta a los resultados de las investigaciones sobre el FFM (Mayer, 1998; Mischel & Shoda, 1995), una de las más relevantes ha sido la Teoría de los Cinco Factores (Five Factor Theory, en adelante FFT, McCrae & Costa, 1996), la cual procura – a partir de una serie de postulados – describir lo que los autores denominan el Sistema de la Personalidad. En dicho sistema, los cinco factores interactúan con el ambiente y la cultura para dar lugar a las características adaptativas: el conjunto de actitudes, valores, y creencias que presentan los individuos, así como también su autoconcepto y autoestima (McCrae & Costa, 2012).

Por otra parte, si bien el fenómeno religioso-espiritual ha concentrado un amplio interés desde los inicios de la psicología (James, 1902), recién a partir del trabajo de Gorsuch (1984), la cantidad de trabajos publicados y el número de revistas especializadas en el tema se han incrementado considerablemente, contribuyendo a delimitar un área específica denominada Psicología de la Religión y la Espiritualidad (Belzen & Hood, 2006; Paloutzian & Park, 2013). Sin embargo, a pesar del crecimiento en el área, uno de los principales obstáculos ha sido la marcada dificultad para establecer un consenso relativo a una definición unívoca para estos constructos (Oman, 2013; Zinnbauer,

Pargament, & Scott, 1999). En este contexto, diferentes autores observan que el FFM juega un rol de amplia relevancia en el estudio de la religión y de la espiritualidad, dado que permite conocer su desarrollo y expresión a lo largo del ciclo vital, su importancia adaptativa, y el modo en que se asocian a las diferencias individuales (Ashton & Lee, 2014; Chang et al., 2015; Piedmont, Ciarrochi, Dy-Liacco & Williams, 2009; Piedmont & Wilkins, 2013; Piedmont, 2005; Rose & Exline, 2012). De acuerdo con Piedmont (1999), la espiritualidad se define como una motivación innata que orienta y guía el comportamiento humano en el esfuerzo por construir un sentido más amplio de significado personal en un contexto escatológico, que podría constituir un sexto factor del FFM. De esta manera, mientras que la espiritualidad representa un constructo de carácter universal, la religiosidad puede comprenderse como un conjunto de sistemas, de creencias, prácticas y valores explícitamente pautados e inmersos en determinadas tradiciones sociales o marcos institucionales (Miller & Thoresen, 1999), dependientes de la educación y la cultura (Wilkins, Piedmont, & Magyar-Rusell, 2012).

Si bien estos aportes han permitido conectar la religiosidad y la espiritualidad al FFM, al momento no existen trabajos que integren esta perspectiva en el marco del FFT. Tal enfoque posibilitaría comprender el lugar de los constructos numinosos en el Sistema de la Personalidad, su relación con los diferentes componentes, como la biografía objetiva, las tendencias básicas y las características adaptativas, entre las que, siguiendo a McCrae y Costa (1996), el autoconcepto y la autoestima merecen especial atención. Por este motivo, el presente trabajo se propone revisar la literatura que explore las relaciones entre la espiritualidad, la religiosidad y la autoestima, particularmente en relación a los postulados del sistema de la personalidad propuestos por McCrae y Costa (1996, 2010).

LA TEORÍA DE LOS RASGOS Y EL MODELO DE LOS CINCO FACTORES DE LA PERSONALIDAD

Desde una perspectiva psicológica, la teoría de los rasgos ha sido considerada uno de los enfoques más empleados en el estudio de la Personalidad (John et al., 2010). De acuerdo con Kassin (2003), los rasgos se definen como patrones en el comportamiento, los pensamientos y las emo-

ciones de las personas, los cuales se mantienen relativamente constantes durante el ciclo vital. A lo largo de la historia de la disciplina, a partir de las primeras taxonomías propuestas por Allport y Odbert (1936), estos rasgos han sido agrupados según diferentes criterios en modelos factoriales que varían desde los tres hasta los dieciséis factores (Cattell, 1950; Eysenck & Eysenck, 1975). A partir del esfuerzo de un grupo heterogéneo de investigadores (Digman & Takemoto-Chock, 1981; Goldberg, 1981; Norman, 1963; Tupes & Christal, 1961), surgió el Modelo de los Cinco Factores de la Personalidad (Costa & McCrae, 1980), de acuerdo al cual esta multiplicidad de rasgos resulta susceptible de agruparse en sólo cinco dimensiones: (1) el Neuroticismo, que supone un conjunto de rasgos vinculados a la inestabilidad emocional o a la tendencia a experimentar emociones negativas tales como miedos, tristeza, sentimientos de culpa o enojo (Widiger, 2009), (2) la Extraversión, que agrupa aquellos rasgos que reflejan la tendencia a comunicarse con las demás personas, a ser asertivos, activos y verbalizadores (Wilt & Revelle, 2009), (3) la Apertura a la Experiencia o Apertura Mental, que incluye un conjunto de rasgos que remiten a la capacidad de introspección o curiosidad intelectual, a una imaginación activa y a la sensibilidad estética (McCrae & Sutin, 2009), (4) la Amabilidad, Afabilidad o Tendencia al Acuerdo, la cual se refiere a los rasgos que se asocian a la capacidad para establecer vínculos sociales, al altruismo, y a una marcada disposición a interesarse por los demás (Graziano & Tobin, 2009), y (5) la Responsabilidad, Escrupulosidad o Tesón, que remite a aquellos rasgos ligados a la capacidad para identificar propósitos o metas claras, controlar impulsos, actuar, planificar, organizar y llevar a cabo proyectos e ideas (Roberts, Jackson, Fayard, Edmonds, & Meints, 2009). En los últimos años, el FFM ha mostrado consistencia en diferentes poblaciones y contextos culturales (McCrae & Costa, 2012).

AUTOCONCEPTO Y AUTOESTIMA

El autoconcepto ha sido definido como un constructo multidimensional que remite a la percepción individual del sí mismo relativa a diversas categorías, tanto académicas como vinculadas al rol de género o a la identidad étnica, entre otras (Baron, Schmader, Cvencek, & Meltzoff, 2014; Hattie, 2014; Marsh & Martin, 2011). Distintos autores han observado que tal percepción se construye a

partir del proceso de categorización del yo (Canto Ortiz & Toranzo Moral, 2005; Tajfel, 1984), en el marco del proceso de socialización (Gecas, Weigert, Rooney, & Thomas, 1974; Leary & Tangney, 2012), y en la interacción con diferentes agentes tales como la familia, los grupos de pares, los medios de comunicación o las instituciones religiosas o educativas (Gallagher, 2011; Oñate, 1989).

Por su parte, la autoestima ha sido considerada como la dimensión evaluativa del autoconcepto (De Wals & Meszaros, 2012; Purkey, 1970). Originalmente, el constructo fue introducido por William James (1890) para referirse a la medida en la que las personas se evalúan a sí mismas de acuerdo al éxito o fracaso percibido en alcanzar sus objetivos. Si bien desde entonces numerosos autores se han ocupado del tema (Branden, 1969; Coopersmith, 1967; Epstein, 1980), uno de los que más ha contribuido ha sido Rosenberg (1979), quien combinó diferentes perspectivas, como la psicología del desarrollo y la clínica con los aportes de la sociología sobre la estructura social, para desarrollar un enfoque integral de la formación de la autoestima a lo largo del ciclo vital (Elliott, 2001). Desde este enfoque, los agentes de socialización imponen al niño un estilo de vida, un conjunto de valores y un sistema de creencias e ideales que proporcionan las bases para autoevaluarse, contribuyendo a construir una imagen respecto de la propia identidad y de su lugar en el sistema social (Rosenberg, 1965, 1979).

UNA CONCEPTUALIZACIÓN DE LA AUTOESTIMA EN EL MARCO DEL MODELO Y LA TEORÍA DE LOS CINCO FACTORES

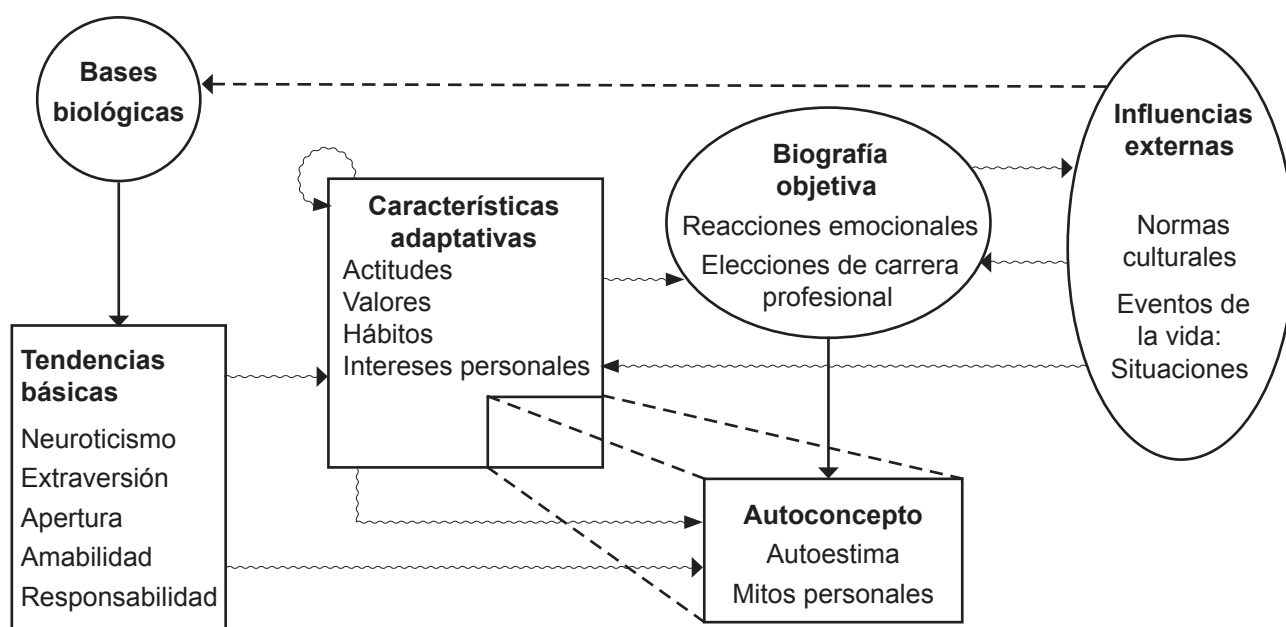
Diversos estudios han explorado el modo en que las tendencias básicas de la personalidad y la autoestima se asocian en diferentes contextos, como por ejemplo en China (Luk & Bond, 1993), Suecia (Lawenius & Veisson, 1996), Estonia (Kare, Möttus, & Konstabel, 2009), Portugal (Neto & Mullet, 2004), Noruega (Halvorsen & Heyerdahl, 2006), Inglaterra (Hills, Francis, & Jennings, 2006), Eslovaquia (Zitny & Halama, 2011) o Estados Unidos (Hair & Graziano, 2003; Shackelford & Michalski, 2011). Por lo general, se observa que la autoestima se encuentra fuertemente asociada al neuroticismo (Judge, Erez, Bono, & Thoresen, 2002), moderadamente asociada a la extraversión y la responsabilidad (Costa, McCrae, & Dye, 1991; Digman, 1990) y débilmente asociada a la

amabilidad y la apertura a la experiencia (Robins, Tracy, Trzesniewski, Potter, & Gosling, 2001). Sin embargo, dado que el FFM no presenta una teoría acerca de cómo los factores se constituyen y se mantienen en relación a otras variables psicológicas, Costa y McCrae (1996) desarrollaron un modelo teórico explicativo que, a partir de una serie de postulados, presenta la personalidad comprendida como un sistema dinámico en relación con el ambiente y la cultura.

En la figura 1, se reproduce el esquema propuesto por los autores, donde los rectángulos representan los componentes centrales, mientras que las elipsis representan a los componentes periféricos que marcan la interfaz con los sistemas que se encuentran por fuera de la personalidad. Las entradas principales del sistema son (1) las bases biológicas y (2) las influencias externas, mientras que la salida es (3) la biografía objetiva, comprendida como el conjunto del registro acumulativo, aunque selectivo (Azzollini & González, 2011), de las experiencias de vida de una persona; es decir, todo lo que una persona siente, piensa, dice y hace

desde el principio hasta el final de su vida (Murray & Kluckhohn, 1953). Dentro de los componentes del sistema los autores identifican a (4) las tendencias básicas y a (5) las características adaptativas. Además, presentan un sexto “componente” que denominan (6) proceso dinámico que regula la interacción entre los otros componentes.

Las tendencias básicas se refieren a las capacidades, disposiciones, habilidades innatas, enraizadas en la biología, inaccesibles por medio de la introspección o la observación (tales como la habilidad para adquirir lenguaje o la capacidad para el pensamiento formal en la adolescencia) que se imprimen con las primeras experiencias y resultan susceptibles de modificación al padecer una enfermedad o bajo intervención psicológica (McCrae & Costa, 1996, 2012). Para los autores, el carácter innato de las tendencias básicas las emparentaría con el concepto de arquetipo de Jung (1933), con las nociones freudianas de pulsión de vida y pulsión de muerte (1933), y con la perspectiva de Rogers (1961), quien se refiere a este aspecto de la personalidad como “organismo”.



Referencia: La línea ondulada representa un proceso dinámico
Adaptado de McCrae y Costa (2010)

Figura 1. Representación del Sistema de Personalidad

Siguiendo los postulados de Costa y McCrae (1996), los individuos reaccionan al ambiente a partir de patrones de pensamientos, sentimientos y conductas consistentes con sus rasgos de personalidad, modelando estructuras psicológicas que guían el comportamiento: hábitos, valores, planes, habilidades, esquemas y relaciones, denominadas características adaptativas. Tales características cambian a lo largo del tiempo en respuesta a la maduración biológica, los roles sociales y las expectativas externas moduladas por el contexto (McCrae & Costa, 2010). Como se ha señalado anteriormente, uno de los aspectos más estudiados de las características adaptativas es la autoestima, siendo la dimensión evaluativa del autoconcepto.

A partir de los postulados del FFT, los factores de la personalidad (comprendidos como tendencias básicas) afectarían directamente a la autoestima (comprendida como una característica adaptativa) a la vez que ésta resultaría afectada por las influencias externas (Simkin, Etchezahar, & Ungaretti, 2012). Desde esta perspectiva, siguiendo a Rosenberg (1965), influencias externas, como los agentes de socialización, impondrían un estilo de vida, un conjunto de valores y un sistema de creencias e ideales que proporcionan las bases para autoevaluarse. En este sentido, Crocker y Park (2004) identifican tres aspectos propios de la cultura norteamericana que afectarían el desarrollo de la autoestima. En primer lugar, la doctrina calvinista y la ética protestante asocian el valor de una persona a su autodisciplina, al trabajo duro y el éxito material (Weber, 1958). En segundo lugar, la idea de autosuficiencia supone que cada persona es independiente de otras y responsable de su propio destino (Heine, Lehman, Markus, & Kitayama, 1999). Finalmente, la ética protestante y la creencia en la autosuficiencia se encuentran asociadas a la idea de meritocracia, a partir de la cual las personas obtienen lo que se merecen en base al esfuerzo individual en detrimento de la riqueza o los vínculos familiares (Lemann, 1999). En conjunto, estas ideas conducen a las personas a la conclusión de que su valor como personas no es algo dado, sino que debe ganarse en base al esfuerzo individual (Crocker & Park, 2004).

Por su parte, las tendencias básicas podrían contribuir a la posibilidad de fracasar o resultar exitoso en acercarse a tales ideales. Por ejemplo, McCrae y Löckenhoff (2010) observan que las personas responsables tienden a evitar la procrastinación, perseveran y resultan capaces de demorar la

gratificación, lo que podría aumentar la eficacia en alcanzar el estilo de vida y los ideales internalizados en el marco del proceso de socialización (Rosenberg, 1965) y, consecuentemente, conducirlos a realizar una autoevaluación más positiva de sí mismas. De manera similar, el carácter gregario de las personas extrovertidas podría favorecer su desempeño, particularmente en tareas grupales, dado que tienden a presentar amplias cualidades como líderes carismáticos y atractivos (De Jong, Bouhuys, & Barnhoorn, 1999). Por su parte, si bien las personas con alta amabilidad se desenvuelven satisfactoriamente en el trabajo en equipo, tienden a fallar en culturas organizacionales altamente competitivas, corren más riesgo de someterse a la explotación y tienen mayores dificultades para autopromocionarse y procurar ser reconocidas por sus méritos (Judge & Cable, 1997). A su vez, a pesar de que las personas con alta apertura resultan capaces de generar ideas novedosas, frecuentemente persiguen objetivos difusos o poco claros (Piedmont, Sherman, & Sherman, 2012), lo que podría afectar la eficacia en alcanzar sus metas. A la vez, las personas con mayor neuroticismo tienden a carecer de confianza en su capacidad para llevar a cabo eficazmente las tareas requeridas, lo que afecta su desempeño tanto académico como laboral (Gist & Mitchell, 1992).

Finalmente, en cuanto a la biografía objetiva, se han observado diferencias en personas con alta y baja autoestima en relación con las narrativas autobiográficas, en tanto los sujetos con alta autoestima recortan aquellos aspectos de su historia que los conducirían a ser admirados por sus habilidades, mientras los sujetos con baja autoestima priorizan aquellos a partir de los cuales aspiran a ser reconocidos como agradables o “buenas personas” (Schutz, 1998).

UNA CONCEPTUALIZACIÓN DE LA ESPIRITUALIDAD Y LA RELIGIOSIDAD EN EL MARCO DEL MODELO DE LOS CINCO FACTORES

Piedmont (2005) identifica cinco modelos de la personalidad que son frecuentemente estudiados conjuntamente con constructos religiosos y espirituales: por una parte la Teoría de la Relación de Objetos y el Estilo de Apego, que representan teorías de alcance intermedio que por lo general se enfocan en fenómenos psicológicos particulares; y por otra, la tipología de Eynseck, el modelo biopsicosocial de Cloninger y el FFM, que representan

Tabla 1. *Postulados del FFT*

1. Tendencias Básicas

1a. Individualidad: todos los adultos pueden ser caracterizados por sus diferencias en cuanto a una serie de rasgos de la personalidad que influyen en sus patrones de pensamiento, sentimiento y comportamiento.

1b. Origen: los rasgos de la personalidad son tendencias endógenas básicas que pueden alternarse con intervenciones exógenas, procesos o eventos que afectan sus bases biológicas.

1c. Desarrollo: el desarrollo de los rasgos de la personalidad ocurre a partir de la maduración intrínseca, en mayor medida en el primer tercio de la vida, pero continúa a lo largo de ella y a partir de otros procesos biológicos que alteran la base de los rasgos.

1d. Estructura: los rasgos están organizados jerárquicamente: Neuroticismo, Extraversión, Apertura a la experiencia, Amabilidad y Responsabilidad son los cinco niveles de organización más elevados.

2. Características Adaptativas

2a. Adaptación: a través del tiempo, los individuos reaccionan frente al ambiente a partir de patrones de pensamientos, sentimientos y conductas que son consistentes con sus rasgos de personalidad.

2b. Desajuste: en algunos casos, las adaptaciones pueden interferir con objetivos personales o valores sociales.

2c. Plasticidad: las características adaptativas se modifican a lo largo del tiempo en respuesta a la maduración biológica, los roles sociales, las expectativas y los cambios en el contexto, o a partir de intervenciones deliberadas.

3. Biografía objetiva

3a. Múltiple determinación: la acción y la experiencia en un momento dado son una función compleja de las características adaptativas.

3b. El curso de la vida: las personas tienen planes, agendas, objetivos, que permiten organizar la acción a partir de intervalos amplios de tiempo de una manera consistente con sus rasgos de personalidad.

4. Autoconcepto

4a. Esquema del Self: los individuos tienen una visión cognitivo-afectiva de sí mismos que es accesible a la conciencia.

4b. Percepción selectiva: la información se selecciona de una manera consistente con los rasgos de la personalidad.

5. Influencias Externas

5a. Interacción: el contexto social y físico interactúa con las disposiciones de la personalidad para moldear características adaptativas que regulan el comportamiento.

5b. Apercepción: los individuos tienden a construir el contexto de una manera consistente con sus rasgos de personalidad.

5c. Reciprocidad: los individuos influyen selectivamente el ambiente al cual responden.

6. Proceso dinámico

6a. Dinámicas universales: el funcionamiento de los individuos al crear adaptaciones y expresarlas en pensamientos, sentimientos y comportamientos es regulado en parte por mecanismos cognitivos, afectivos y volitivos.

6b. Dinámicas particulares: algunos procesos dinámicos se ven afectados diferencialmente por tendencias básicas del individuo, como los rasgos de la personalidad.

Adaptado de McCrae y Costa (1996, 2012)

modelos más generales de la personalidad. En particular, diferentes autores han observado que el FFM representa uno de los modelos de mayor relevancia, dado que permite conocer el desarrollo y expresión de los constructos numinosos a lo largo del ciclo vital, su importancia adaptativa, y el modo en que se asocian a las diferencias individuales (Ashton & Lee, 2014; Chang et al., 2015; Piedmont et al., 2009; Piedmont & Wilkins, 2013; Rose & Exline, 2012). En este sentido, Ozer y Reise (1994) sostienen que asociar un constructo al FFM resulta equivalente a establecer la latitud y longitud de una determinada locación en el mapa del planeta Tierra. A partir de esta premisa, Piedmont (2005), sugiere que continuar evaluando la religiosidad y espiritualidad sin localizarlas en el FFM solo puede compararse con la actitud de un geógrafo que reporta una nueva tierra, pero se rehúsa a localizarla en un mapa.

Si bien existen diferentes definiciones para estos términos (Oman, 2013), la espiritualidad puede considerarse como una motivación innata que orienta y guía el comportamiento humano en el esfuerzo de construir un sentido más amplio de significado personal en un contexto escatológico (Piedmont, 2012): la creencia de que existe un orden en el universo que trasciende el pensamiento humano (Zinnbauer & Pargament, 2005). La religiosidad, por su parte, remite al modo en que la espiritualidad es moldeada y se expresa a través de una organización comunitaria o social (Piedmont, 2010, 2012). De acuerdo con Piedmont (2012), la religiosidad no es considerada como un constructo motivacional o rasgo de la personalidad, sino que se define como un sentimiento, concepto que toma de autores clásicos de la Psicología como Ruckmick (1920) y Woodworth (1940), para quienes éstos reflejan tendencias emocionales que se desarrollan a partir de las tradiciones sociales y experiencias educativas. Siguiendo a Piedmont (2012), si bien los sentimientos pueden ejercer una poderosa influencia sobre los pensamientos y comportamientos, no representan cualidades innatas, como en el caso de la espiritualidad. Por eso, la expresión de sentimientos (v.g. prácticas religiosas) puede diferir de acuerdo a cada cultura (Piedmont, Kennedy, Sherman, Sherman, & Williams, 2008) y ser más susceptible de cambiar o modificarse (Piedmont, 2010). Así, mientras que la espiritualidad se percibe como un atributo universal del individuo, como un rasgo de la personalidad (Dy-Liacco, Piedmont, Murray-Swank, Rodgeron, & Sherman, 2009; MacDonald et al.,

2015; Piedmont, 1999), la religiosidad remite a un conjunto específico de sistemas de creencias, prácticas y valores centrados alrededor de marcos institucionales explícitamente pautados e inmersos en determinadas tradiciones sociales (Miller & Thoresen, 1999), sujeta a la influencia de la cultura y de la educación (Wilkins et al., 2012). Para Piedmont (1999), si bien resulta posible reconocer similitudes entre la espiritualidad y algunos de los factores del FFM como Extraversión, Apertura y Amabilidad, el constructo incluye además cualidades de soledad, simplicidad y desapego, características opuestas a estos dominios, por lo que no existe dentro del modelo FFM un perfil para una persona con alta espiritualidad. Por este motivo, con el objeto de evaluar si la espiritualidad constituye un factor de la personalidad, distintos estudios han factorializado diferentes escalas que evalúan la espiritualidad junto con los cinco factores, concluyendo que muchas de ellas definen factores independientes de las dimensiones del FFM, lo que ha motivado un intenso debate respecto de si se trata de un sexto factor del modelo (MacDonald, 2000; Rican & Janosova, 2010; Saroglou, 2011, 2014).

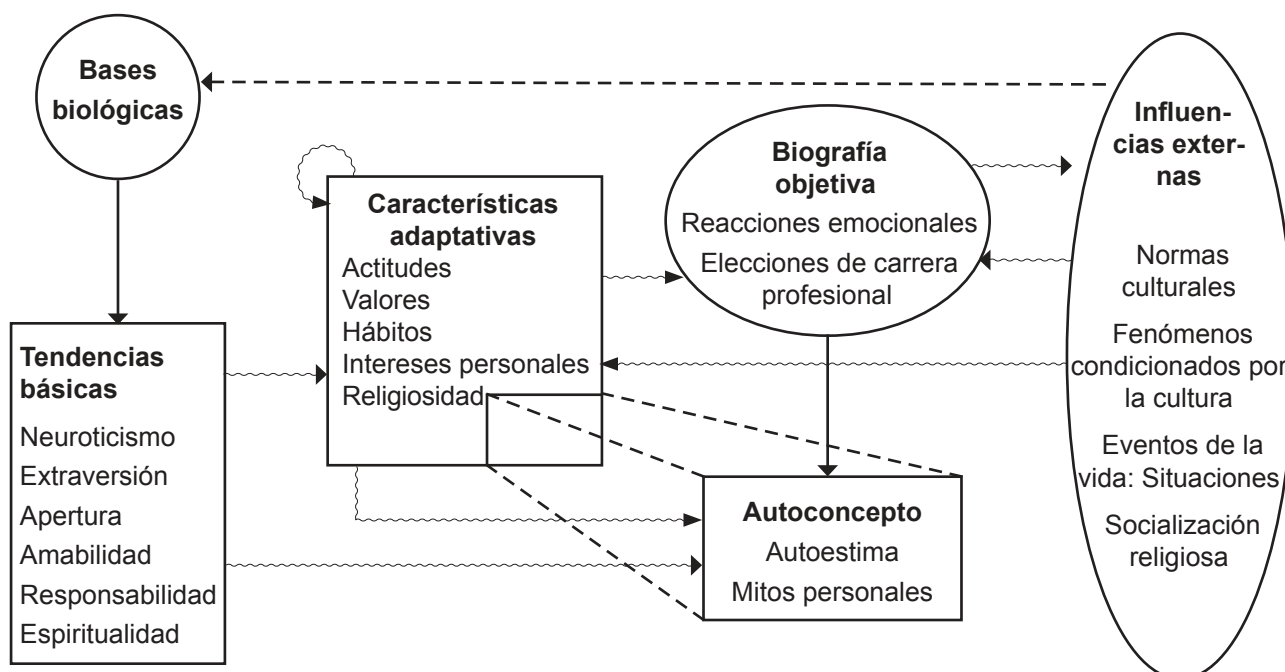
Por otra parte, si bien la religiosidad no suele considerarse como un factor de la personalidad, Koenig, King y Carson (2012) han revisado numerosos trabajos publicados desde el año 2000 que evalúan su relación con el FFM. Los autores identifican un total de 54 estudios que encuentran asociaciones entre la Religiosidad y el Neuroticismo, de los cuales el 24% reportan una relación negativa, el 9% hallan una relación positiva y el 61% no hallan ninguna asociación; 50 estudios que asocian la Religiosidad a la Extraversión, de los cuales el 38% encuentra una relación positiva, el 6% una negativa y el 54% no encuentra ninguna relación; 30 estudios que la asocian a la Responsabilidad, de los cuales el 63% encuentra una relación positiva, 3% negativa y el 30% no encuentra ninguna relación; 30 estudios que la asocian a la Amabilidad, de los cuales el 87% encuentran que se asocia positivamente, ninguno (0%) encuentra una asociación negativa y 7% no halla ninguna asociación, y 26 estudios que la vinculan a la Apertura, de los cuales el 42% encuentra una relación positiva, el 12% una relación negativa y 38% no encuentra ninguna relación. Siguiendo a Saroglou (2002), Koenig, King y Carson (2012) sostienen que si se controla espiritualidad, es probable que la relación entre la apertura y la religiosidad tienda a ser negativa.

RELIGIOSIDAD, ESPIRITUALIDAD Y AUTOESTIMA EN EL MARCO DEL MODELO Y LA TEORÍA DE LOS CINCO FACTORES

Existen numerosos antecedentes que han encontrado asociaciones positivas entre la religiosidad, la espiritualidad y la autoestima (Ball, Armistead, & Austin, 2003; Hayman, Kurpius, & Befort, 2007; Krause, 2003; Simoni & Ortiz, 2003). En una revisión reciente, Koenig et al. (2012) identificaron 69 estudios que exploran la relación entre estas variables, de las cuales el 61% reporta asociaciones positivas, y el 3% negativas. Si bien se ha señalado que, al promover sentimientos de humildad, la religión podría contribuir a una baja autoestima (Watters, 1992), diferentes autores han observado que ésta implica también un contacto social que podría potenciarla, modelando un estilo de vida que proporcionaría apoyo social y emocional (Piedmont & Friedman, 2012; Sherkat & Reed, 1992), aliviando la sensación de soledad e incrementando el sentido de autoeficacia (Powell, Sha-

habi, & Thoresen, 2003; Thoresen & Harris, 2002).

Por su parte, en cuanto a la relación entre la autoestima y la espiritualidad, diferentes estudios han reportado que ambas variables se relacionan de manera positiva (Piedmont, 2012). Sin embargo, se ha observado que el desapego (una de las características principales de la espiritualidad) supone comprender la naturaleza efímera de las relaciones, los roles, los éxitos, que crean un sentido sustancial del self (Levenson, Jennings, Aldwin, & Shiraishi, 2005), lo que permite desapegarse de las definiciones externas del self y disolver los límites entre el self y los otros (Loy, 1996). En el mismo sentido, Piedmont (1999) ha señalado que las personas espirituales tienden a evitar establecer juicios de valor, aceptando la vida y a los otros en sus propios términos. Es precisamente esta suspensión de juicios de valor respecto del self, la que problematiza la relación entre la espiritualidad y la autoestima, dado que ésta se define justamente por la presencia de dichos juicios valorativos.



Referencia: La línea ondulada representa un proceso dinámico
Adaptado de McCrae y Costa (2010)

Figura 2. Representación de la espiritualidad y la religiosidad en el marco del Sistema de Personalidad

Una forma de comprender el modo en que la religiosidad, la espiritualidad y la autoestima se asocian en el marco del FFT podría consistir en evaluar la medida en que se ajustan a los postulados del sistema de la personalidad, en tanto se las considere como tendencias básicas (espiritualidad) y características adaptativas (religiosidad - autoestima), tal como se observa en la figura 2.

TENDENCIAS BÁSICAS

Individualidad. Numerosos estudios han brindado apoyo empírico al primer postulado del FFT, a partir del cual las personas pueden caracterizarse de acuerdo a una diferencia de rasgos de personalidad que influyen patrones de comportamiento, pensamiento y emociones (McCrae & Costa, 2010, 2012). Recientemente, diferentes autores han sugerido que concebir la espiritualidad desde la perspectiva de los rasgos favorecería una operacionalización precisa del constructo, que resultaría útil para comprender el fenómeno en diferentes contextos culturales (MacDonald, 2000; Piedmont, 2012).

Origen. De acuerdo con Costa y McCrae (1996), los rasgos de personalidad son tendencias básicas endógenas enraizadas en la biología. El presente postulado resulta uno de los más controvertidos, dado que niega el papel del ambiente en la determinación de los rasgos (McCrae & Costa, 2010). Numerosos estudios, sin embargo, han destacado que el contexto resulta decisivo en el desarrollo de tales rasgos de la personalidad (Roberts, Caspi, & Moffitt, 2003; Roberts & Helson, 1997; Sutin & Costa, 2010). A partir de estos trabajos, McCrae y Costa (2010) han sugerido que el ambiente podría afectar a los rasgos a partir de su impacto en las bases biológicas, lo cual los condujo a incorporar una flecha que vincula ambos componentes del sistema, tal como se observa en la figura 1. Así, para los autores, por ejemplo, el proceso de socialización o intervenciones psicoterapéuticas específicas podrían contribuir a moldear las tendencias básicas (Costa, Bagby, Herbst, & McCrae, 2005; Mayberg et al., 2000).

De manera similar, Piedmont (2012) ha definido la espiritualidad como un componente universal innato o endógeno relativo a la condición humana. Para el autor, a pesar de que su expresión pueda variar de acuerdo a la cultura, resulta posible identificar un aspecto general, al que denominó Trascendencia Espiritual, cuyo significado

se mantiene constante en diferentes contextos (Piedmont & Leach, 2002; Piedmont, 1999, 2012; Rican & Janosova, 2010).

Siguiendo al FFT, las instituciones religiosas, en tanto influencias externas, podrían contribuir al desarrollo de la espiritualidad, mientras que crecer en el marco de una familia atea o agnóstica podría inhibirlo (Koenig et al., 2012). Además, de manera consistente con lo propuesto por McCrae y Costa, se ha observado que la psicoterapia podría afectar y resultar afectada por diferentes aspectos vinculados a la espiritualidad (Benson & Spilka, 1973; Tisdale, Key, Edwards, & Brokaw, 1997). De esta manera, influencias externas, como el proceso de socialización o la psicoterapia, afectarían tendencias básicas endógenas tales como la espiritualidad.

Desarrollo. Diferentes estudios han observado que el desarrollo de los rasgos de la personalidad ocurre a partir de la maduración intrínseca, en mayor medida en el primer tercio de la vida, y a partir de otros procesos biológicos que alteran la base de los rasgos, y que posteriormente se mantienen relativamente estables (Roberts, Walton, & Viechtbauer, 2006; Terracciano, McCrae, Brant, & Costa, 2005). Numerosos autores han aportado apoyo empírico a favor de este postulado en diferentes contextos culturales como en China (Yang, McCrae, & Costa, 1998), Zimbabwe y Estonia (McCrae & Costa, 2006), entre otros países (McCrae et al., 2002). Si bien distintos trabajos se han ocupado del desarrollo de la espiritualidad durante la infancia, adolescencia y juventud (Friedman, Krippner, Riebel, & Johnson, 2012; King & Roeser, 2009), a diferencia de los otros cinco factores, se ha sugerido que ésta podría desarrollarse en mayor medida en la tercera edad, ya sea porque la cercanía con la muerte trae aparejada la necesidad de encontrar un cierre final para la vida (McFadden, 2012; Piedmont, 2005), o bien debido a que han invertido mayor tiempo en su búsqueda (Piedmont, 1999, 2005).

Estructura. Distintos autores han observado que los rasgos se encuentran organizados jerárquicamente de modo que los cinco niveles de organización más elevados son Neuroticismo, Extraversión, Apertura a la experiencia, Amabilidad y Responsabilidad (McCrae & Costa, 1996; McCrae & John, 1992). La misma estructura factorial ha sido identificada en diferentes contextos (Heuchert, Parker, Stumpf, & Myburgh, 2000; Piedmont & Chae, 1997). Sin embargo, McCrae y Costa (2012) han observado que los cinco factores res-

ponden simplemente a la evidencia disponible al momento, por lo que resultaría posible expandir el FFM a la luz de nuevas investigaciones. En este sentido, la estructura pentafactorial ha presentado numerosas críticas. En primer lugar, se ha reportado la existencia de factores de segundo orden en el FFM (DeYoung, 2006; Digman, 1997; Markon, Krueger, & Watson, 2005), aunque todavía se debaten las razones teóricas de estos resultados y su aceptación por la comunidad académica aún no es uniforme (Ashton, Lee, & Goldberg, 2004; Biesanz & West, 2004; McCrae & Costa, 2008). Por otra parte, distintos estudios han señalado la necesidad de incorporar nuevos factores al modelo, dado que los cinco propuestos resultarían insuficientes para explicar las diferencias individuales (Ashton & Lee, 2001; Cheung, Cheung, Leung, Ward, & Leong, 2003). Entre estos nuevos factores, la espiritualidad ha sido uno de los que ha generado mayor impacto (MacDonald, 2000; Piedmont, 1999) en tanto su conceptualización como rasgo de la personalidad aportaría validez incremental al FFM y facilitaría la evaluación de personas de diferentes tradiciones religiosas (Golden, Piedmont, Ciarrocchi, & Rodgeron, 2004; Piedmont, 2012).

CARACTERÍSTICAS ADAPTATIVAS

Adaptación. Siguiendo al FFT, a través del tiempo, los individuos reaccionan al ambiente desarrollando patrones de pensamientos, sentimientos y conductas que son consistentes con sus rasgos de personalidad. Tal como se ha señalado, la autoestima se presenta como una característica adaptativa central del FFT, en tanto representa una actitud hacia el “sí mismo”, consistente con las tendencias básicas (Simkin et al., 2012). Por su parte, siguiendo la definición de Piedmont (2010), la religiosidad parecería compatible con el presente postulado dado que, a través del tiempo, en tanto característica adaptativa, se presentaría de manera consistente con los rasgos de personalidad. Tal como se ha observado, numerosos estudios han reportado asociaciones entre los comportamientos religiosos y el FFM, especialmente en relación con los factores apertura, responsabilidad, amabilidad (Costa, McCrae, & Norris, 1981; Saroglou, 2002, 2010) y, de considerarse un sexto factor, también en relación con la espiritualidad (Piedmont, 2012).

Desajuste. McCrae y Costa (2010) distinguen

las características adaptativas de las características desadaptativas, siendo estas últimas objeto de estudio de la psicología clínica y de la psicoterapia. Para los autores, en algunos casos, las adaptaciones pueden interferir con objetivos personales o valores sociales. En este sentido, se ha observado que las personas con baja autoestima resultan más propensas a sentirse torpes, tímidas e incapaces de expresarse con confianza, por lo que se encuentran constantemente preocupadas por cometer un error o exponerse al ridículo, pueden ser más agresivas, irritables y rencorosas, son más vulnerables a la crítica y experimentan con mayor frecuencia síntomas vinculados a la depresión o la ansiedad (De Wals & Meszaros, 2012; Lee & Hankin, 2009).

Si bien numerosos estudios han identificado que la religiosidad tiende a encontrarse asociada a una mayor autoestima (Ball et al., 2003; Hayman et al., 2007; Krause, 2003; Simoni & Ortiz, 2003), se han reportado relaciones significativas entre una baja autoestima y la faceta Crisis Religiosa, comprendida en la Escala de Evaluación de Espiritualidad y Sentimientos Religiosos (ASPIRES), que identifica a aquellas personas que experimentan sentirse alejadas de su Dios o su comunidad religiosa (Koenig, Siegler, Meador, & George, 1990; Piedmont, 2012). Desde un enfoque cognitivo-conductual, James y Wells (2003) sugieren que esto se debe a que la religiosidad puede ser comprendida como un modelo mental genérico que influye en la evaluación, la valoración y la lectura que se hace del mundo y de los eventos de la vida, pudiendo resultar tanto adaptativo como desadaptativo de acuerdo a su forma y contenido. Los autores identifican dos mecanismos que podrían explicar estas relaciones: (1) las creencias religiosas proveen modelos mentales genéricos que sirven de base para la evaluación de los eventos de la vida y (2) las creencias religiosas proveen una base para la autoregulación del proceso de pensamiento.

En relación al primer mecanismo, James y Wells (2003) sugieren que algunos modelos mentales podrían facilitar la comprensión de eventos estresantes de la vida. Por ejemplo, explicaciones religiosas en casos de lesiones físicas por accidentes, como creer que una desgracia haya ocurrido con motivo de tener una lección que aprender, o para permitir que la víctima fuera puesta de ejemplo para otros, podrían promover una mayor salud mental (Maltby et al., 2010). Sin embargo, otros modelos mentales podrían contribuir a ex-

plicar la misma desgracia como un castigo de Dios por una falta de devoción, promoviendo un sentimiento de "abandono" por parte de Dios o la Iglesia (Pargament, Koenig, & Perez, 2000). El segundo mecanismo supone que algunos comportamientos religiosos como el rezo o la meditación podrían contribuir, en algunos casos, a la autorregulación o la meta-cognición, mediante la reducción de foco en el sí mismo, la preocupación y el estrés, y por lo tanto, conducirían a percibir una mayor salud mental (James & Wells, 2003). Sin embargo, no todas las formas de rezo se asociarían positivamente al bienestar. Por ejemplo, Poloma y Pendleton (1989) clasifican diferentes tipos de rezos entre los cuales las oraciones de petición, definidas como el pedido a Dios por objetos materiales, podrían incrementar las rumiaciones y preocupaciones, asociándose a la percepción de un afecto negativo.

En el mismo sentido, Koenig et al., (2012) observan, en primer lugar, que las escrituras religiosas pueden sacarse de contexto justificando el uso de la violencia contra otras personas o contra un miembro de la pareja cuando existen diferentes contextos culturales o religiosos de ambas partes. En segundo lugar, involucrarse en ciertos cultos religiosos puede ocasionar dependencia emocional de un líder y aislamiento de la familia y el entorno íntimo. En tercer lugar, la religión puede promover un pensamiento rigidizado o dogmático y una dependencia excesiva a normas y reglas, restringiendo la autonomía individual y favoreciendo tendencias obsesivo compulsivas en las personas. Finalmente, ciertas creencias religiosas ortodoxas pueden entrar en conflicto con la necesidad de recurrir a tratamientos médicos, psiquiátricos o psicológicos cuando estos son imprescindibles, obstaculizando el acceso al tratamiento.

Así, se observa que la religión, comprendida como una característica adaptativa, en algunos casos, puede interferir con objetivos personales o valores sociales.

Plasticidad. De acuerdo con el FFT, las características adaptativas cambian a lo largo del tiempo en respuesta a la maduración biológica, los roles sociales, y las expectativas o cambios en el contexto o a partir de intervenciones deliberadas (McCrae & Costa, 1996). Diversos estudios han identificado numerosas variables que afectan la autoestima, como problemáticas familiares, académicas, económicas, entre otras, debido a que la autoestima suele resultar sensible al feedback que se recibe del entorno en la medida en que las

personas resultan eficaces o fracasan en alcanzar sus expectativas (De Wals & Meszaros, 2012; Harter, 2012). Dado que una baja autoestima se relaciona con trastornos mentales, la investigación en psicoterapia ha contribuido a diseñar intervenciones deliberadas para el trabajo con pacientes que experimentan una baja valoración de su persona (O'Brien, Bartoletti, & Leitzel, 2006). De manera similar, cambios en la religiosidad han sido observados en diferentes antecedentes, de modo que, como se ha referido anteriormente, en los últimos años de la vida las personas podrían experimentar una mayor religiosidad ante la proximidad de la muerte (Koenig et al., 2012). Estos trabajos permiten dar cuenta de la plasticidad de características adaptativas como la autoestima o la religiosidad. Sin embargo, la relación entre la religiosidad y la maduración biológica probablemente requiera mayor atención, dado que aún no se han identificado suficientes estudios que puedan brindar apoyo empírico a este aspecto del postulado.

BIOGRAFÍA OBJETIVA

Múltiple determinación. Según el FFT, la acción y la experiencia en un momento dado son una función compleja de las características adaptativas, lo que implica que rara vez existe una correspondencia directa entre las tendencias básicas o las características adaptativas y el comportamiento (McCrae & Costa, 1996, 2010). En este sentido, el comportamiento en un determinado momento dado podría concebirse como el resultado del conjunto de características adaptativas, entre las cuales podrían incluirse la autoestima o la religiosidad.

El curso de la vida. Siguiendo con el FFT, las personas realizan planes, agendas, objetivos, que permiten organizar la acción a partir de intervalos amplios de tiempo de una manera consistente con sus rasgos de personalidad. Por ejemplo, un estudio de Gottfredson, Jones y Holland (1993) observó relaciones entre la elección de carrera y los factores de la personalidad, como en el caso de las relaciones específicas entre apertura e intereses artísticos. De la misma manera, se ha observado que la espiritualidad se encuentra relacionada con la elección de carrera (Duffy & Blustein, 2005; Duffy, 2006) y de pareja (Koenig et al., 2012; Trujillo, 2009). Sin embargo, el contexto social también presenta un impacto determinante en el curso de la vida, en parte, debido a las normas y expec-

tativas sociales para cada edad (Roberts, Wood, & Smith, 2005). En este sentido, las instituciones religiosas tienden a transmitir un conjunto de normas y expectativas que inciden en el curso y las elecciones de vida de las personas (Paloutzian & Park, 2013; Pargament, Exline, & Jones, 2012).

AUTOCONCEPTO

Esquema del Self. Siguiendo a McCrae y Costa (1996), los individuos presentan una visión cognitiva-afectiva de sí mismos que es accesible a la conciencia. Su dimensión evaluativa, la autoestima, se presenta como una visión afectiva del sí mismo, accesible a la conciencia (Simkin et al., 2012).

Percepción selectiva. De acuerdo con el FFT, la información se selecciona de una manera consistente con los rasgos de la personalidad (McCrae & Costa, 2010). En este sentido, McAdams et al. (2004) observaron que las historias de vida de las personas con mayor neuroticismo tendían a implicar temáticas vinculadas a las pérdidas, mientras que aquellas personas con mayor amabilidad reflejaban historias vinculadas con las relaciones interpersonales. A su vez, la complejidad de las narraciones se encontraba asociada a la Apertura (McAdams et al., 2004; McCrae & Costa, 2010). De manera similar, las historias de vida de las personas espirituales tienden a incluir temáticas que implican un vínculo con un orden superior que contribuye a afrontar situaciones económicas difíciles (Black, 1999).

INFLUENCIAS EXTERNAS

Interacción. De acuerdo al FFT, el contexto social y físico interactúa con las disposiciones de la personalidad moldeando características adaptativas que regulan el comportamiento (McCrae & Costa, 2012). Por ejemplo, en el contexto de una crisis económica, la extroversión podría contribuir favorablemente en la búsqueda de empleo, lo que contribuirá a mantener elevada la autoestima (Baay, Van Aken, De Ridder, & Van der Lippe, 2014; Burger & Caldwell, 2000; De Wals & Meszaros, 2012). Sin embargo, si el contexto de crisis fuera demasiado profundo, resultaría posible que esta tendencia básica fuera insuficiente para garantizar el acceso al mercado laboral, lo que podría afectar directamente la autoestima de

las personas (McIntyre, Mattingly, Lewandowski, & Simpson, 2014). De esta manera, características adaptativas como la autoestima responderían a la interacción entre las tendencias básicas y las influencias externas.

Del mismo modo, la espiritualidad facilitaría el afrontamiento en el contexto de un atentado a un templo o institución religiosa, contribuyendo a interpretarlo como un aprendizaje, o una prueba a superar, reforzando las creencias religiosas (Gall et al., 2005; Koenig et al., 2012). Si en cambio, este atentado fuera seguido por tantos otros, prolongándose en el tiempo y afectando a buena parte de la población, en ausencia de apoyo social, estos podrían conducir a algunas personas a experimentar una crisis de fe religiosa en la que se sentirían abandonadas por Dios (Aflakseir & Coleman, 2009; Koenig et al., 2012). En este sentido, de manera similar a lo observado con la autoestima, la espiritualidad, en tanto tendencia básica de la personalidad, podría interactuar con el contexto social y físico, promoviendo el desarrollo de características adaptativas como la religiosidad.

Apercepción. Nuevamente, siguiendo a Costa y McCrae (2010), los individuos tienden a asistir e interpretar o construir el contexto de una manera que es consistente con sus rasgos de personalidad. Numerosos estudios han observado que las personas con alto neuroticismo y baja autoestima suelen interpretar el contexto como un lugar hostil o carente de sentido (Uziel, 2006; Widiger, 2009). Por el contrario, las personas extrovertidas o con una mayor apertura a la experiencia podrían interpretarlo como un desafío o como una oportunidad para atender a nuevos aprendizajes (McCrae & Sutin, 2009; Uziel, 2006). Esto permitiría inferir que el mundo es percibido en parte de acuerdo a las tendencias básicas. Del mismo modo, siguiendo a Piedmont (2012), aquellas personas que se consideran espirituales tienden a encontrar un sentido y un propósito para la vida, más allá de su percepción inmediata del tiempo y el espacio, experimentando un fuerte apego a la naturaleza y las comunidades. De la misma manera, consideran que la humanidad en su conjunto es particularmente buena, a pesar de que existe el bien y el mal en las personas o que algunas de ellas puedan resultar difíciles o problemáticas. Esta creencia los conduce a experimentar un vínculo emocional con toda la humanidad (Piedmont, 1999, 2001). Así, la espiritualidad, comprendida como un rasgo de la personalidad, afectaría el modo en el que el contexto es percibido.

Reciprocidad. De acuerdo con el FFT, los individuos influyen sobre el ambiente en el que responden (McCrae & Costa, 1996, 2010). Podría considerarse que la participación política constituye una de las tantas formas en que los individuos influyen en el ambiente. En los últimos años, diferentes estudios han reportado relaciones entre la personalidad y los valores destacando el impacto que ambos presentan de manera conjunta en el comportamiento político de los ciudadanos y en la dinámica entre individuos, colectivos e instituciones (Caprara, Vecchione, & Schwartz, 2009; Simkin & Azzollini, 2014), de modo que las personas con mayor apertura suelen identificarse con las ideas de pluralismo y multiculturalidad propias de los partidos con una orientación ideológica de izquierda (McCrae, 1996; Van Hiel, Kossowska, & Mervielde, 2000). A la vez, los individuos se identifican con aquellos partidos que defienden los propios valores (Caprara, Schwartz, Capanna, Vecchione, & Barbaranelli, 2006), por lo que quienes presentan valores ligados al universalismo tienden a optar por partidos de izquierda, mientras que aquellos que presentan valores asociados a la seguridad, se inclinan por los partidos de derecha (Barnea & Schwartz, 1998). Por su parte, las personas religiosas tienden a presentar una baja apertura (Saroglou, 2002), una inclinación por los valores que promueven la conservación del orden social e individual y cierta aversión a los valores que promueven el cambio y la autonomía (Saroglou, Delpierre, & Dernelle, 2004), por lo que usualmente tienden a inclinarse por aquellos partidos del ala de derechas (Altemeyer, 1988; Etchezahar & Simkin, 2013). De esta manera, se observa que los individuos influyen sobre el ambiente en el que responden, de manera consistente con las tendencias básicas y características adaptativas.

PROCESO DINÁMICO

Tal como han sido descriptos, los postulados del FFT posibilitarían comprender el modo en que la autoestima, la religiosidad y las tendencias básicas de la personalidad (incluyendo la espiritualidad) se integran en un sistema, si bien no se han identificado estudios que pudieran brindar soporte empírico a estos procesos específicamente en el marco del tal enfoque (McCrae & Costa, 2012). De esta manera, se ha observado que los cinco factores, en tanto tendencias básicas, incidirían en la autoestima como característica adaptativa

y ésta afectaría las tendencias básicas, indirectamente a través de la biografía objetiva y las influencias externas (Simkin et al., 2012).

Si, tal como se ha sugerido, la religiosidad resulta una adaptación de los rasgos de la personalidad (Piedmont, 2012; Saroglou, 2010), posiblemente en el marco del FFT, las experiencias religiosas dependan del modo en que se conectan con las tendencias básicas y las influencias externas. De esta manera, en consonancia con lo observado por Rosenberg (1965), las instituciones religiosas transmiten valores, creencias e ideales que proporcionarían las bases para autoevaluarse (Paloutzian & Park, 2013; Pargament, Mahoney & Shafranske, 2013). Dado que la cultura conduciría a considerar que el valor como persona debe ganarse en base al esfuerzo individual (Crocker & Park, 2004), las personas necesitarían alcanzar tales ideales para percibirse exitosas y experimentar aprobación social, manteniendo alta su autoestima. En este contexto, dado el impacto del FFM en alcanzar objetivos e ideales (McCrae & Costa, 2012), las personas con un mayor neuroticismo, menor amabilidad y menor responsabilidad podrían percibir una menor autoestima, profundas crisis religiosas, y un sentimiento de abandono por parte de Dios o su comunidad religiosa. Por su parte, quienes presenten mayor estabilidad emocional, amabilidad y responsabilidad tendrían una mayor autoestima, un vínculo positivo con otros miembros de la comunidad (Piedmont, 2012), y un mayor apoyo social (Powell et al., 2003; Thoresen & Harris, 2002).

DISCUSIÓN

El presente trabajo ha procurado contribuir, al menos en un nivel programático, a explorar el modo en que la religiosidad y la espiritualidad se integran en el marco del FFT (atendiendo especialmente la relación con la autoestima) a partir de evaluar los antecedentes que permiten conectarlas con los diferentes postulados propuestos por McCrae y Costa (1996, 2012). Si bien el FFT se presenta como un campo fértil para explorar las relaciones entre estos constructos, algunos de los postulados aún generan un profundo debate.

En primer lugar, se observa que todavía no se ha conseguido establecer un consenso respecto del postulado de origen. Mientras que para algunos autores los rasgos se encuentran influenciados genotípicamente, determinando la forma en

que los individuos responden al mundo social (Brody, 1994; Eysenck, 1967; McCrae et al., 2000) otros han señalado que dependen en mayor medida del proceso de socialización y la interacción interpersonal (Hampson, 1988; Hettema & Deary, 1993; Matthews, Deary, & Whiteman, 2009). En este sentido, si bien la definición de espiritualidad propuesta por Piedmont (1999) resulta consistente con la conceptualización realizada por McCrae y Costa (1980) de los factores del FFM, se observa que el postulado aún requiere una revisión más exhaustiva.

Acercas del postulado de desarrollo, se han encontrado diferencias en el modo en que la espiritualidad y los factores del FFM se desarrollan a lo largo del ciclo vital (Levenson et al., 2005; Roberts et al., 2006). Futuras investigaciones podrían explorar si el lugar que la vejez y la muerte presentan en diferentes contextos culturales podría afectar el desarrollo de la espiritualidad desde una perspectiva evolutiva.

Respecto del postulado de estructura, a pesar de que diferentes autores han sugerido que la espiritualidad podría considerarse un factor independiente del FFM (MacDonald, 2000; Piedmont, 1999; Rican & Janosova, 2010), su inclusión en el modelo aún no ha obtenido mayor aceptación (Saroglou, 2010, 2011). Por ejemplo, de acuerdo con Saroglou (2014) ser espiritual resultaría equivalente a ser deportista, de modo que no considerarse espiritual no implicaría carecer de una parte central de lo que supone ser una persona. De manera similar a lo observado con los factores de orden superior (DeYoung, 2006; Digman, 1997), al margen de que distintos estudios puedan aportar apoyo empírico a la estructura de seis dimensiones, aún resulta necesaria una mayor elaboración teórica que pueda contribuir a explicar la naturaleza de estos resultados. Dado que el FFM se presenta como un modelo eminentemente descriptivo, tal vez continuar trabajando en la línea del FFT pueda echar luz sobre el presente problema.

Sobre el postulado de adaptación, si bien se han reportado asociaciones significativas entre espiritualidad y autoestima (Piedmont, 2010, 2012), la naturaleza teórica de su relación probablemente requiera mayor atención. Como se ha señalado, dado que la espiritualidad supone suspender juicios de valor respecto del self (Loy, 1996; Piedmont, 1999), desde esta perspectiva resulta difícil otorgar significado a muchos de los ítems comprendidos en los instrumentos empleados con mayor frecuencia para la evaluación

de la autoestima, como la Escala de Autoestima de Rosenberg (e.g. "Soy capaz de hacer las cosas tan bien como la mayoría de las personas", "Siento que no tengo demasiadas cosas de las que sentirme orgulloso"). Posiblemente, esta dificultad radique en que el self al que remiten estas escalas responda a un único aspecto del mismo. Tal vez futuros trabajos puedan explorar si otros desarrollos teóricos respecto de este constructo, tales como las nociones de yo conceptualizado, yo como observador, yo como contexto (Dermot Barnes-Holmes, Hayes, & Gregg, 2001; Hayes, Strosahl, & Wilson, 1999) podrían contribuir a comprender en mayor detalle la relación entre la autoestima y la espiritualidad.

En relación al postulado de desajuste, el modelo propuesto por James y Wells (2003) parecería ofrecer una explicación a la disparidad de resultados reportados en relación al vínculo entre la religión y la salud mental (Koenig et al., 2012). Quizás, integrar esta perspectiva al FFT pueda contribuir a conocer la medida en que las tendencias básicas afecten el desarrollo de modelos mentales "adaptativos" o "desadaptativos", y por ende, su impacto en la autoestima y la salud mental.

Finalmente, futuras investigaciones podrían focalizarse en los postulados relativos al proceso dinámico, en tanto estos permiten comprender el modo en que interactúan los diferentes componentes del sistema de la personalidad. De la lectura de los antecedentes, el FFT parece explicar la interacción entre el ambiente y las tendencias básicas de acuerdo con el principio de parsimonia, contribuyendo a comprender con mayor profundidad la naturaleza teórica de las relaciones reportadas entre la autoestima y la religiosidad (Krause, 1992; O'Connor & Vallerand, 1990; O'Laoire, 1997; Piedmont, 2012).

REFERENCIAS

- Aflakseir, A., & Coleman, P. (2009). The influence of religious coping on the mental health of disabled Iranian war veterans. *Mental Health, Religion and Culture*, 12, 175–190. doi:10.1080/13674670802428563
- Allport, G. W., & Odbert, H. S. (1936). Trait-Names: A Psycho-lexical Study. *Psychological Monographs*. doi:10.1037/h0093360
- Altemeyer, B. (1988). *Enemies of freedom: Understanding right-wing authoritarianism*. San

Francisco: Jossey-Bass.

- Ashton, M. C., & Lee, K. (2001). A theoretical basis for the major dimensions of personality. *European Journal of Personality*, 15, 327–353. doi:10.1002/per.417
- Ashton, M. C., & Lee, K. (2014). Personality and Religiousness. In V. Saroglou (Ed.), *Religion, personality, and social behavior* (pp. 31–46). Nueva York: Psychology Press.
- Ashton, M. C., Lee, K., & Goldberg, L. R. (2004). A hierarchical analysis of 1,710 English personality-descriptive adjectives. *Journal of Personality and Social Psychology*, 87(5), 707–721. doi:10.1037/0022-3514.87.5.707
- Azzollini, S., & González, F. (2011). *Ensayos sobre el tiempo subjetivo*. Madrid: Editorial Académica Española.
- Baay, P. E., Van Aken, M. A. G., De Ridder, D. T. D., & Van der Lippe, T. (2014). Understanding the role of social capital in adolescents' Big Five personality effects on school-to-work transitions. *Journal of Adolescence*, 37, 739–748. doi:10.1016/j.adolescence.2014.04.015
- Ball, J., Armistead, L., & Austin, B. J. (2003). The relationship between religiosity and adjustment among African-American, female, urban adolescents. *Journal of Adolescence*, 26, 431–446. doi:10.1016/S0140-1971(03)00037-X
- Barnea, M., & Schwartz, S. (1998). Values and voting. *Political Psychology*, 19, 17–40. doi:10.1111/0162-895X.00090
- Barnes-Holmes, D., Hayes, S. C., & Gregg, J. (2001). Religion, Spirituality, and Transcendence. In D. Barnes-Holmes & B. Roche (Eds.), *Relational Frame Theory* (pp. 239–251). USA: Springer.
- Baron, A. S., Schmader, T., Cvencek, D., & Meltzoff, A. N. (2014). The gendered self-concept: How implicit gender stereotypes and attitudes shape self-definition. In H. Tenenbaum & P. J. Leman (Eds.) *Gender and Development* (pp. 109–132). East Sussex: Psychology Press.
- Belzen, J. A., & Hood, R. W. (2006). Methodological issues in the psychology of religion: toward another paradigm? *The Journal of Psychology*, 140, 5–28. doi:10.3200/JRLP.140.1.5-28
- Benson, P., & Spilka, B. (1973). God image as a function of self-esteem and locus of control. *Journal for the Scientific Study of Religion*, 12, 297–310. doi:10.2307/1384430
- Biesanz, J. C., & West, S. G. (2004). Towards understanding assessments of the big five: Multitrait-multimethod analyses of convergent and discriminant validity across measurement occasion and type of observer. *Journal of Personality*, 72, 845–876. doi:10.1111/j.0022-3506.2004.00282.x
- Black, H. K. (1999). Life as gift: Spiritual Narratives of Elderly African-American Women Living in Poverty. *Journal of Aging Studies*, 13, 441–455. doi:10.1016/S0890-4065(99)00020-1
- Branden, N. (1969). *The psychology of self-esteem: a new concept of man's psychological nature*. Nueva York: Nash Publishing Corporation.
- Brody, N. (1994). Heritability of Traits. *Psychological Inquiry*, 5, 117–119. doi:10.1207/s15327965pli0502_3
- Burger, J. M., & Caldwell, D. F. (2000). Personality, social activities, job-search behavior and interview success: Distinguishing between PANAS trait positive affect and NEO extraversion. *Motivation and Emotion*, 24, 51–62. doi:10.1023/A:1005539609679
- Canto Ortiz, J. M., & Toranzo Moral, F. (2005). El si mismo desde la teoría de la identidad social. *Escritos de Psicología*, 7, 59–70.
- Caprara, G., Schwartz, S., Capanna, C., Vecchione, M., & Barbaranelli, C. (2006). Personality and politics: Values, traits, and political choice. *Political Psychology*, 27, 1–28. doi:10.1111/j.1467-9221.2006.00457.x
- Caprara, G., Vecchione, M., & Schwartz, S. H. (2009). Mediatonal role of values in linking personality traits to political orientation. *Asian Journal of Social Psychology*, 12, 82–94. doi:10.1111/j.1467-839X.2009.01274.x
- Cattell, R. B. (1950). *Personality: A Systematic, Theoretical and Factual Study*. Nueva York: Mc Graw Hill.
- Chang, E. C., Jilani, Z., Yu, T., Fowler, E. E., Lin, J., Webb, J. R., & Hirsch, J. K. (2015). Fundamental dimensions of personality underlying spirituality: Further evidence for the construct validity of the RiTE measure of spirituality. *Personality and Individual Differences*, 75, 175–178.
- Cheung, F. M., Cheung, S. F., Leung, K., Ward, C., & Leong, F. (2003). The English version of the Chinese Personality Assessment Inventory. *Journal of Cross-Cultural Psychology*, 34, 433–452.
- Coopersmith, S. (1967). *The Antecedents of Self-*

Esteem. San Francisco: Freeman.

- Costa, P. T., Bagby, R. M., Herbst, J. H., & McCrae, R. R. (2005). Personality self-reports are concurrently reliable and valid during acute depressive episodes. *Journal of Affective Disorders*, 89, 45–55. doi:10.1016/j.jad.2005.06.010
- Costa, P. T., & McCrae, R. R. (1980). Still stable after all these years: Personality as a key to some issues in adulthood and old age. In P. B. Baltes & O. G. Brim (Eds.), *Life span development and behavior* (Vol. 3, pp. 65–102). Nueva York: Academic Press.
- Costa, P. T., McCrae, R. R., & Dye, D. A. (1991). Facet scales for agreeableness and conscientiousness: A revision of the NEO personality inventory. *Personality and Individual Differences*, 12, 887–898. doi:10.1016/0191-8869(91)90177-D
- Costa, P. T., McCrae, R. R., & Norris, A. H. (1981). Personal adjustment to aging: longitudinal prediction from neuroticism and extraversion. *Journal of Gerontology*, 36, 78–85. doi:10.1093/geronj/36.1.78
- Crocker, J., & Park, L. E. (2004). The costly pursuit of self-esteem. *Psychological Bulletin*, 130, 392–414. doi:10.1037/0033-2909.130.3.392
- De Jong, R. D., Bouhuys, S. A., & Barnhoorn, J. C. (1999). Personality, Self-Efficacy and Functioning in Management Teams: A Contribution to Validation. *International Journal of Selection and Assessment*, 7, 46–49.
- De Wals, S., & Meszaros, K. (Eds.) (2012). *Handbook on Psychology of Self-Esteem*. Nueva York: Nova Science Publishers.
- Depaula, P. D., & Azzollini, S. (2013). Análisis del Modelo Big Five de la Personalidad como predictor de la inteligencia cultural. *PSIENCIA: Revista Latinoamericana de Ciencia Psicológica*, 5, 35–43. doi:10.5872/psiencia/5.1.24
- DeYoung, C. G. (2006). Higher-order factors of the Big Five in a multi-informant sample. *Journal of Personality and Social Psychology*, 91(6), 1138–1151. doi:10.1037/0022-3514.91.6.1138
- Digman, J. M. (1990). Personality Structure: Emergence of the Five-Factor Model. *Annual Review of Psychology*, 41, 417–440. doi:10.1146/annurev.ps.41.020190.002221
- Digman, J. M. (1997). Higher-order factors of the Big Five. *Journal of Personality and Social Psychology*, 73, 1246–1256. doi:10.1037/0022-3514.73.6.1246
- Digman, J. M., & Takemoto-Chock, N. K. (1981). Factors In The Natural Language Of Personality: Re-Analysis, Comparison, And Interpretation Of Six Major Studies. *Multivariate Behavioral Research*, 16, 149–170. doi:10.1207/s15327906mbr1602_2
- Duffy, R. D. (2006). Spirituality, religion, and career development: current status and future directions. *The Career Development Quarterly*, 55, 52–63. doi:10.1002/j.2161-0045.2006.tb00004.x
- Duffy, R. D., & Blustein, D. L. (2005). The relationship between spirituality, religiousness, and career adaptability. *Journal of Vocational Behavior*, 67, 429–440. doi:10.1016/j.jvb.2004.09.003
- Dy-Liacco, G. S., Piedmont, R. L., Murray-Swank, N. A., Rodgerson, T. E., & Sherman, M. F. (2009). Spirituality and religiosity as cross-cultural aspects of human experience. *Psychology of Religion and Spirituality*, 1, 35–52. doi:10.1037/a0014937
- Elliott, G. C. (2001). The Self as Social Product and Social Force. In T. Owens, S. Stryker, & N. Goodman (Eds.), *Extending Self-Esteem Theory and Research* (pp. 10–28). Cambridge: Cambridge University Press. doi:10.1017/CBO9780511527739.002
- Epstein, S. (1980). The self-concept: A review and the proposal of an integrated theory of personality. In E. Straub (Ed.), *Personality: Basic aspects and current research* (pp. 83–131). Englewood Cliffs: Prentice Hall.
- Etchezahar, E., & Simkin, H. (2013). Religiosidad, Espiritualidad, Escepticismo: la mediación del autoritarismo. *Subjetividad Y Procesos Cognitivos*, 17, 48–58.
- Eysenck, H. J. (1967). *The biological basis of personality*. Springfield: Thomas.
- Eysenck, H. J., & Eysenck, S. B. G. (1975). *Manual of the Eysenck Personality Questionnaire*. London: Hodder & Stoughton.
- Eysenck, H. J., & Eysenck, S. B. G. (1976). *Psychoticism as a dimension of personality*. London: Stoughton & Hodder.
- Freud, S. (1933). *New introductory lectures in psychoanalysis*. Nueva York: Norton.
- Friedman, H., Krippner, S., Riebel, L., & Johnson, C. (2012). Models of Spiritual Development.

- En L. J. Miller (Ed.) *The Oxford Handbook of Psychology and Spirituality* (pp. 207–223). Nueva York: The Guilford Press.
- Gall, T. L., Charbonneau, C., Clarke, N. H., Grant, K., Joseph, A., & Shouldice, L. (2005). Understanding the Nature and Role of Spirituality in Relation to Coping and Health: A Conceptual Framework. *Canadian Psychology*, 46(2), 88–104. doi:10.1037/h0087008
- Gallagher, S. (Ed.) (2011). *The Oxford Handbook of the Self*. Oxford: Oxford Handbooks.
- Gecas, V., Weigert, A., Rooney, E., & Thomas, D. L. (1974). *Family Socialization and the Adolescent: Determinants of Self-Concept, Conformity, Religiosity, and Counterculture Values*. Maryland: Lexington Books.
- Gist, M. E., & Mitchell, T. B. (1992). Self-Efficacy: a Theoretical Analysis of Its Determinants and Malleability. *Academy of Management Review*, 17, 183–211. doi:10.5465/AMR.1992.4279530
- Goldberg, L. R. (1981). Language and Individual Differences: The search for universals in personality lexicons. En L. Wheeler (Ed.), *Review of Personality and Social Psychology* (pp. 141–165). Beverly Hills: Sage.
- Golden, J., Piedmont, R. L., Ciarrocchi, J. W., & Rodgeron, T. (2004). Spirituality and burnout: An incremental validity study. *Journal of Psychology and Theology*, 32, 115–125.
- Gorsuch, R. L. (1984). Measurement: The boon and bane of investigating religion. *American Psychologist*, 39, 228–236. doi:10.1037/0003-066X.39.3.228
- Gottfredson, G. D., Jones, E. M., & Holland, J. L. (1993). Personality and vocational interests: The relation of Holland's six interest dimensions to five robust dimensions of personality. *Journal of Counseling Psychology*, 40, 518–524. doi:10.1037/0022-0167.40.4.518
- Graziano, W. G., & Tobin, R. M. (2009). Agreeableness. En M. Leary & R. Hoyle (Eds.), *Handbook of individual differences in social behavior* (pp. 46–61). Nueva York: The Guilford Press.
- Hair, E. C., & Graziano, W. G. (2003). Self-Esteem, Personality and Achievement in High School: A Prospective Longitudinal Study in Texas. *Journal of Personality*, 71, 971–994. doi:10.1111/1467-6494.7106004
- Halvorsen, I., & Heyerdahl, S. (2006). Girls with Anorexia Nervosa as Young Adults: Personality, Self-Esteem, and Life Satisfaction. *International Journal of Eating Disorders*, 39, 285–293. doi:10.1002/eat.20248
- Hampson, S. E. (1988). *The construction of personality: An introduction*. London: Routledge.
- Harter, S. (2012). *The Construction of Self: Developmental and Sociocultural Foundations*. Nueva York: The Guilford Press.
- Hattie, J. (2014). *Self-Concept*. Nueva York: Psychology Press.
- Hayes, S. C., Strosahl, K., & Wilson, K. G. (1999). *Acceptance and commitment therapy*. Nueva York: The Guilford Press.
- Hayman, J., Kurpius, S., & Befort, C. (2007). Spirituality among college freshmen: Relationships to self-esteem, body image, and stress. *Counseling and Values*, 52, 55–70. doi:10.1002/j.2161-007X.2007.tb00087.x
- Heine, S. J., Lehman, D. R., Markus, H. R., & Kitayama, S. (1999). Is there a universal need for positive self-regard? *Psychological Review*, 106, 766–794. doi:10.1037/0033-295X.106.4.766
- Hettema, P. J., & Deary, I. J. (1993). *Foundations of personality*. Nueva York: Springer.
- Heuchert, J. W. P., Parker, W. D., Stumpf, H., & Myburgh, C. P. H. (2000). The Five-Factor Model of Personality in South African College Students. *American Behavioral Scientist*, 44, 112–125. doi:10.1177/00027640021956125
- Hills, P. R., Francis, L. J., & Jennings, P. (2006). Religious behavior, personality, and dimensions of self-esteem among 13-to 15-year-old adolescents. *Journal of Research on Christian*, 15, 61–76. doi:10.1080/10656210609484994
- James, A., & Wells, A. (2003). Religion and mental health: towards a cognitive-behavioural framework. *British Journal of Health Psychology*, 8, 359–376. doi:10.1348/135910703322370905
- James, W. (1890). *The principles of psychology*. Nueva York: Holt.
- James, W. (1902). *The varieties of religious experience*. (1994th ed.). Nueva York: The Modern Library.
- John, O. P., Robins, R. W., & Pervin, L. A. (Eds.) (2010). *Handbook of Personality: Theory and Research*. (O. P. John, R. W. Robins, & L. A. Pervin, Eds.) (3rd ed.). Nueva York: The Guilford Press.

- Judge, T. A., & Cable, D. M. (1997). Applicant personality, organizational culture, and organization attraction. *Personnel Psychology*, 50, 359–394. doi:10.1111/j.1744-6570.1997.tb00912.x
- Judge, T. A., Erez, A., Bono, J. E., & Thoresen, C. J. (2002). Are measures of self-esteem, neuroticism, locus of control, and generalized self-efficacy indicators of a common core construct? *Journal of Personality and Social Psychology*, 83, 693–710. doi:10.1037/0022-3514.83.3.693
- Jung, C. G. (1933). *Modern man in search of a soul*. Nueva York: Harcourt.
- Kaare, P. R., Möttus, R., & Konstabel, K. (2009). Pathological gambling in Estonia: Relationships with personality, self-Esteem, emotional states and cognitive ability. *Journal of Gambling Studies*, 25, 377–390. doi:10.1007/s10899-009-9119-y
- Kassin, S. (2003). *Psychology*. Nueva York: Prentice-Hall.
- King, P. E., & Roeser, R. W. (2009). Religion and Spirituality in Adolescent Development. En R. M. Lerner & L. Steinberg (Eds.), *Handbook of Adolescent Psychology* (pp. 435–478). John Wiley & Sons. doi:10.1002/9780470479193.adlpsy001014
- Koenig, H. G., King, D., & Carson, V. B. (2012). *Handbook of religion and health*. London: Oxford University Press.
- Koenig, H. G., Siegler, I. C., Meador, K. G., & George, L. K. (1990). Religious coping and personality in later life. *International Journal of Geriatric Psychiatry*, 5, 123–131. doi:10.1002/gps.930050210
- Krause, N. (1992). Stress, Religiosity, and Psychological Well-Being among Older Blacks. *Journal of Aging and Health*, 4, 412–439. doi:10.1177/089826439200400305
- Krause, N. (2003). Religious meaning and subjective well-being in late life. *The Journals of Gerontology. Series*, 58, 160–170. doi:10.1093/geronb/58.3.S160
- Lawenius, M., & Veisson, M. (1996). Personality and Self-Esteem in Parents of Disabled Children: a Comparison Between Estonia and Sweden. *Social Behavior and Personality*, 24, 195–204. doi:10.2224/sbp.1996.24.2.195
- Leary, M. R., & Tangney, J. P. (Eds.) (2012). *Handbook of Self and Identity*. Nueva York: The Guilford Press.
- Lee, A., & Hankin, B. L. (2009). Insecure attachment, dysfunctional attitudes, and low self-esteem predicting prospective symptoms of depression and anxiety during adolescence. *Journal of Clinical Child and Adolescent Psychology*, 38, 219–231. doi:10.1080/15374410802698396
- Lemann, N. (1999). *The big test: The secret history of the american meritocracy*. Nueva York: Farrar, Straus, & Giroux.
- Levenson, M. R., Jennings, P. A., Aldwin, C. M., & Shiraishi, R. W. (2005). Self-transcendence: conceptualization and measurement. *International Journal of Aging & Human Development*, 60, 127–43. doi:10.2190/XRXM-FYRA-7U0X-GRC0
- Loy, D. (1996). *Lack and transcendence: The problem of death and life in psychotherapy, existentialism and Buddhism*. Nueva York: Prometheus Books.
- Luk, C. L., & Bond, M. H. (1993). Personality variation and values endorsement in Chinese University students. *Personality and Individual Differences*, 14, 429–437. doi:10.1016/0191-8869(93)90312-Q
- MacDonald, D. A. (2000). Spirituality: description, measurement, and relation to the five factor model of personality. *Journal of Personality*, 68, 153–197. doi:10.1111/1467-6494.t01-1-00094
- MacDonald, D. A., Friedman, H. L., Brewczynski, J., Holland, D., Salagame, K. K. K., Mohan, K. K., ... Cheong, H. W. (2015). Spirituality as a Scientific Construct: Testing Its Universality across Cultures and Languages. *Plos One*, 10, 1–38. doi:10.1371/journal.pone.0117701
- Maltby, J., Lewis, C. A., Freeman, A., Day, L., Cruise, S. M., & Breslin, M. J. (2010). Religion and health: the application of a cognitive-behavioural framework. *Mental Health, Religion & Culture*, 13, 749–759. doi:10.1080/13674670802596930
- Markon, K. E., Krueger, R. F., & Watson, D. (2005). Delineating the structure of normal and abnormal personality: an integrative hierarchical approach. *Journal of Personality and Social Psychology*, 88, 139–157. doi:10.1037/0022-3514.88.1.139
- Marsh, H. W., & Martin, A. J. (2011). Academic self-concept and academic achievement: relations and causal ordering. *The British Journal of Educational Psychology*, 81, 59–77.

doi:10.1348/000709910X503501

- Matthews, G., Deary, I. J., & Whiteman, M. C. (2009). *Personality traits*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Mayberg, H. S., Brannan, S. K., Tekell, J. L., Silva, J. A., Mahurin, R. K., McGinnis, S., & Jerabek, P. A. (2000). Regional metabolic effects of fluoxetine in major depression: Serial changes and relationship to clinical response. *Biological Psychiatry*, 48, 830–843. doi:10.1016/S0006-3223(00)01036-2
- Mayer, J. D. (1998). A Systems Framework for the Field Personality. *Psychological Inquiry*, 9, 118–144. doi:10.1207/s15327965pli0902_10
- McAdams, D. P., Anyidoho, N. A., Brown, C., Huang, Y. T., Kaplan, B., & Machado, M. A. (2004). Traits and stories: Links between dispositional and narrative features of personality. *Journal of Personality*, 72, 761–784. doi:10.1111/j.0022-3506.2004.00279.x
- McCrae, R. R. (1996). Social consequences of experiential openness. *Psychological Bulletin*, 120, 323–337. doi:10.1037/0033-2909.120.3.323
- McCrae, R. R., & Costa, P. T. (1996). Toward a New Generation of Personality Theories: Theoretical Contexts for the Five-Factor Model. En J. S. Wiggins (Ed.), *The five-factor model of personality: Theoretical perspectives*. (pp. 51–87). Nueva York: The Guilford Press.
- McCrae, R. R., & Costa, P. T. (2006). Cross-cultural perspectives on adult personality trait development. En D. Mroczek & T. Little (Eds.), *Handbook of personality development* (pp. 129–145). Hillsdale: Erlbaum.
- McCrae, R. R., & Costa, P. T. (2008). Empirical and theoretical status of the five-factor model of personality traits. En G. J. Boyle, G. Matthews, & D. H. Saklofske (Eds.), *The SAGE Handbook of Personality Theory and Assessment* (pp. 273–295). London: Sage Publications.
- McCrae, R. R., & Costa, P. T. (2010). The Five Factor Theory of Personality. En O. P. John, R. W. Robins, & L. A. Pervin (Eds.), *Handbook of personality: Theory and research* (pp. 159–182). Nueva York: The Guilford Press.
- McCrae, R. R., & Costa, P. T. (2012). *Personality in adulthood* (2nd ed.). Nueva York: The Guilford Press.
- McCrae, R. R., Costa, P. T., Ostendorf, F., Angleitner, A., Hrebícková, M., Avia, M. D., ... Smith, P. B. (2000). Nature over nurture: temperament, personality, and life span development. *Journal of Personality and Social Psychology*, 78, 173–186. doi:10.1037/0022-3514.78.1.173
- McCrae, R. R., Costa, P. T., Terracciano, A., Parker, W. D., Mills, C. J., De Fruyt, F., & Mervielde, I. (2002). Personality trait development from age 12 to age 18: longitudinal, cross-sectional, and cross-cultural analyses. *Journal of Personality and Social Psychology*, 83, 1456–1468. doi:10.1037/0022-3514.83.6.1456
- McCrae, R. R., & John, O. P. (1992). An introduction to the five-factor model and its applications. *Journal of Personality*, 60, 175–215. doi:10.1111/j.1467-6494.1992.tb00970.x
- McCrae, R. R., & Löckenhoff, C. E. (2010). Self Regulation and the Five Factor Model of Personality Traits. En R. Hoyle (Ed.), *Handbook of personality and self-regulation* (pp. 145–168). West Sussex: Wiley-Blackwell.
- McCrae, R. R., & Sutin, A. R. (2009). Openness to Experience. En M. R. Leary & R. H. Hoyle (Eds.), *Handbook of individual differences in social behavior* (pp. 257–273). Nueva York: The Guilford Press.
- McFadden, S. H. (2012). Old Persons, Old Age, Aging, and Religion. En R. F. Paloutzian & C. L. Park (Eds.), *Handbook of the Psychology of Religion and Spirituality* (pp. 198–215). Nueva York: The Guilford Press.
- McIntyre, K. P., Mattingly, B. A., Lewandowski, G. W., & Simpson, A. (2014). Workplace self-expansion: Implications for job satisfaction, commitment, self-concept clarity, and self-esteem among the employed and unemployed. *Basic and Applied Social Psychology*, 36, 59–69. doi:10.1080/01973533.2013.856788
- Miller, W. R., & Thoresen, C. E. (1999). Spirituality and health. En W. R. Miller (Ed.), *Integrating spirituality into treatment* (pp. 3–18). Washington DC: American Psychological Association.
- Mischel, W., & Shoda, Y. (1995). A cognitive-affective system theory of personality: Reconceptualizing situations, dispositions, dynamics, and invariance in personality structure. *Psychological Review*, 102, 246–268. doi:10.1037/0033-295X.102.2.246
- Murray, H. A., & Kluckhohn, C. (1953). Outline of a conception of personality. En C. Kluckhohn & H. A. Murray (Eds.), *Personality in nature, society, and culture* (pp. 3–52). Nueva York:

Knopf.

- Neto, F., & Mullet, E. (2004). Personality, self-esteem, and self-construal as correlates of forgivingness. *European Journal of Personality*, 18, 15–30. doi:10.1002/per.500
- Norman, W. T. (1963). Toward an adequate taxonomy of personality attributes: replicated factors structure in peer nomination personality ratings. *Journal of Abnormal and Social Psychology*, 66, 574–583. doi:10.1037/h0040291
- O'Brien, E. J., Bartoletti, M., & Leitzel, J. D. (2006). Self-esteem, psychopathology, and psychotherapy. En M. H. Kernis (Ed.), *Self-esteem issues and answers: A sourcebook of current perspectives*, (pp. 306–315). Nueva York: Psychology Press.
- O'Connor, B. P., & Vallerand, R. J. (1990). Religious motivation in the elderly: a French-Canadian replication and an extension. *The Journal of Social Psychology*. doi:10.1080/00224545.1990.9922933
- O'Laoire, S. (1997). An experimental study of the effects of distant, intercessory prayer on self-esteem, anxiety, and depression. *Alternative Therapies in Health and Medicine*, 3, 38–53.
- Oman, D. (2013). Defining Religion and Spirituality. En R. F. Paloutzian & C. L. Park (Eds.), *Handbook of the Psychology of Religion and Spirituality* (pp. 23–48). Nueva York: The Guilford Press.
- Oñate, M. (1989). *El autoconcepto: Formación, medida e implicaciones en la personalidad*. Madrid: Narcea.
- Ozer, D. J., & Reise, S. P. (1994). Personality Assessment. *Annual Review of Psychology*, 45(1), 357–388. doi:10.1146/annurev.ps.45.020194.002041
- Paloutzian, R. F., & Park, C. L. (Eds.) (2013). *Handbook of the Psychology of Religion and Spirituality* (2nd ed.). Nueva York: The Guilford Press.
- Pargament, K. I., Mahoney, A., & Shafranske, E. (Eds.). (2013). *APA Handbook of Psychology, Religion, and Spirituality*. Washington, DC: American Psychological Association.
- Pargament, K. I., Exline, J., & Jones, J. (2013). *APA Handbook of Psychology, Religion, and Spirituality (Vol. 1): context, theory and research*. Washington DC: American Psychological Association.
- Pargament, K. I., Koenig, H. G., & Perez, L. M. (2000). The many methods of religious coping: Development and initial validation of the RCOPE. *Journal of Clinical Psychology*, 56, 519–543. doi:10.1002/(SICI)1097-4679(200004)56:4<519::AID-JCLP6>3.0.CO;2-1
- Piedmont, R. L. (1999). Does Spirituality Represent the Sixth Factor of Personality? Spiritual Transcendence and the Five-Factor Model. *Journal of Personality*, 67, 985–1013. doi:10.1111/1467-6494.00080
- Piedmont, R. L. (2001). Spiritual transcendence and the scientific study of spirituality. *Journal of Rehabilitation*, 67, 4–14.
- Piedmont, R. L. (2005). The Role of Personality in Understanding Religious and Spiritual Constructs. En R. F. Paloutzian & C. L. Park (Eds.), *Handbook of the psychology of religion and spirituality* (1st ed., pp. 253–273). London: The Guilford Press.
- Piedmont, R. L. (2010). *Assessment of spirituality and religious sentiments, technical manual* (2nd ed.). Timonium, Maryland: Author.
- Piedmont, R. L. (2012). Overview and Development of Measure of Numinous Constructs: The Assessment of Spirituality and Religious Sentiments (ASPIRES) Scale. En L. J. Miller (Ed.), *The Oxford Handbook of Psychology and Spirituality* (pp. 104–122). Oxford: Oxford University Press.
- Piedmont, R. L., & Chae, J.-H. (1997). Cross-Cultural Generalizability of the Five-Factor Model of Personality: Development and Validation of the NEO PI-R for Koreans. *Journal of Cross-Cultural Psychology*, 28, 131–155. doi:10.1177/0022022197282001
- Piedmont, R. L., Ciarrocchi, J. W., Dy-Liacco, G. S., & Williams, J. E. G. (2009). The empirical and conceptual value of the spiritual transcendence and religious involvement scales for personality research. *Psychology of Religion and Spirituality*, 1, 162–179. doi:10.1037/a0015883
- Piedmont, R. L., & Friedman, P. H. (2012). Spirituality, Religiosity, and Subjective Quality of Life. En K. C. Land, A. C. Michalos, & M. J. Sirgy (Eds.), *Handbook of Social Indicators and Quality of Life Research* (pp. 313–329). Dordrecht: Springer Netherlands. doi:10.1007/978-94-007-2421-1_14
- Piedmont, R. L., Kennedy, M. C., Sherman, M. F.,

- Sherman, N. C., & Williams, J. E. G. (2008). A Psychometric Evaluation Of The Assessment Of Spirituality And Religious Sentiments (ASPIRES) Scale: Short Form. *Research in the Social Scientific Study of Religion*, 19, 163–182. doi:10.1163/ej.9789004166462.i-299.55
- Piedmont, R. L., & Leach, M. M. (2002). Cross-Cultural Generalizability of the Spiritual Transcendence Scale in India: Spirituality as a Universal Aspect of Human Experience. *American Behavioral Scientist*, 45, 1888–1901. doi:10.1177/0002764202045012011
- Piedmont, R. L., Sherman, M. F., & Sherman, N. C. (2012). Maladaptively high and low openness: the case for experiential permeability. *Journal of Personality*, 80, 1641–68. doi:10.1111/j.1467-6494.2012.00777.x
- Piedmont, R. L., & Wilkins, T. T. A. (2013). Spirituality, religiousness, and personality: Theoretical foundations and empirical applications. En K. I. Pargament, J. J. Exline, & J. W. Jones (Eds.), *APA handbook of psychology, religion, and spirituality (Vol 1): Context, theory, and research*. (pp. 173–186). Washington DC: American Psychological Association. doi:10.1037/14045-009
- Poloma, M. M., & Pendleton, B. F. (1989). Exploring Types of Prayer and Quality of Life: A Research Note. *Review of Religious Research*, 31, 46–53. doi:10.2307/3511023
- Powell, L. H., Shahabi, L., & Thoresen, C. E. (2003). Religion and spirituality. Linkages to physical health. *The American Psychologist*, 58, 36–52. doi:10.1037/0003-066X.58.1.36
- Purkey, W. W. (1970). *Self concept and school achievement*. London: Prentice-Hall.
- Rican, P., & Janosova, P. (2010). Spirituality as a Basic Aspect of Personality: A Cross-Cultural Verification of Piedmont's Model. *International Journal for the Psychology of Religion*, 20, 2–13. doi:10.1080/10508610903418053
- Roberts, B. W., Caspi, A., & Moffitt, T. E. (2003). Work experiences and personality development in young adulthood. *Journal of Personality and Social Psychology*, 84, 582–593. doi:10.1037/0022-3514.84.3.582
- Roberts, B. W., & Helson, R. (1997). Changes in culture, changes in personality: the influence of individualism in a longitudinal study of women. *Journal of Personality and Social Psychology*, 72, 641–651. doi:10.1037/0022-3514.72.3.641
- Roberts, B. W., Jackson, J. J., Fayard, J. V., Edmonds, G., & Meints, J. (2009). Conscientiousness. En M. Leary & R. Hoyle (Eds.), *Handbook of individual differences in social behavior* (pp. 257–273). Nueva York: The Guilford Press.
- Roberts, B. W., Walton, K. E., & Viechtbauer, W. (2006). Patterns of mean-level change in personality traits across the life course: a meta-analysis of longitudinal studies. *Psychological Bulletin*, 132, 1–25. doi:10.1037/0033-2909.132.1.1
- Roberts, B. W., Wood, D., & Smith, J. L. (2005). Evaluating Five Factor Theory and social investment perspectives on personality trait development. *Journal of Research in Personality*, 39, 166–184. doi:10.1016/j.jrp.2004.08.002
- Robins, R. W., Tracy, J. L., Trzesniewski, K., Potter, J., & Gosling, S. D. (2001). Personality correlates of self-esteem. *Journal of Research in Personality*, 35, 463–482. doi:10.1006/jrpe.2001.2324
- Rogers, C. R. (1961). *On becoming a person: A therapist's view of psychotherapy*. Boston: Houghton Mifflin.
- Rose, E. D., & Exline, J. J. (2012). Personality, Spirituality, and Religion. En L. J. Miller (Ed.), *The Oxford Handbook of Psychology and Spirituality* (pp. 85–104). Nueva York: The Guilford Press.
- Rosenberg, M. (1965). *Society and the Adolescent Self-Image*. Princeton: Princeton University Press.
- Rosenberg, M. (1979). *Conceiving the self*. Nueva York Basics.
- Ruckmick, C. A. (1920). *The brevity book on psychology*. Chicago: Brevity Publishers.
- Saroglou, V. (2002). Religion and the five factors of personality: A meta-analytic review. *Personality and Individual Differences*, 32, 15–25. doi:10.1016/S0191-8869(00)00233-6
- Saroglou, V. (2010). Religiousness as a cultural adaptation of basic traits: a five-factor model perspective. *Personality and Social Psychology Review*, 14, 108–125. doi:10.1177/1088868309352322
- Saroglou, V. (2011). Believing, Bonding, Behaving, and Belonging: The Big Four Religious Dimensions and Cultural Variation. *Journal of Cross-Cultural Psychology*, 42, 1320–1340.

doi:10.1177/0022022111412267

Saroglou, V. (Ed.) (2014). *Religion, personality, and social behavior*. Nueva York: Taylor and Francis.

Saroglou, V., Delpierre, V., & Dernelle, R. (2004). Values and religiosity: A meta-analysis of studies using Schwartz's model. *Personality and Individual Differences*, 37, 721–734. doi:10.1016/j.paid.2003.10.005

Schutz, A. (1998). Autobiographical Narratives of Good and Bad Deeds: Defensive and Favorable Self-Description Moderated by Trait Self-Esteem. *Journal of Social and Clinical Psychology*, 17, 466–475. doi:10.1521/jscp.1998.17.4.466

Shackelford, T. K., & Michalski, R. L. (2011). Personality and self-esteem in newlyweds. *Personality and Individual Differences*, 51, 870–872. doi:10.1016/j.paid.2011.07.018

Sherkat, D. E., & Reed, M. D. (1992). The effects of religion and social support on self-esteem and depression among the suddenly bereaved. *Social Indicators Research*, 26, 259–275. doi:10.1007/BF00286562

Simkin, H., & Azzollini, S. (2014). Personalidad, Valores Sociales y su relación con la orientación ideológica y el interés por la actualidad política: factores que median entre la propaganda y la opinión pública. *Subjetividad Y Procesos Cognitivos*, 18, 178–197.

Simkin, H., Etchezahar, E., & Ungaretti, J. (2012). Personalidad y Autoestima desde el modelo y la teoría de los Cinco Factores. *Hologramática*, 17, 171–193.

Simoni, J. M., & Ortiz, M. Z. (2003). Mediation models of spirituality and depressive symptomatology among HIV-positive Puerto Rican women. *Cultural Diversity & Ethnic Minority Psychology*, 9, 3–15. doi:10.1037/1099-9809.9.1.3

Sutin, A. R., & Costa, P. T. (2010). Reciprocal influences of personality and job characteristics across middle adulthood. *Journal of Personality*, 78, 257–288. doi:10.1111/j.1467-6494.2009.00615.x

Tajfel, H. (1984). *Categorización social, identidad social y comparación social*. Barcelona: Herder.

Terracciano, A., McCrae, R. R., Brant, L. J., & Costa, P. T. (2005). Hierarchical linear

modeling analyses of the NEO-PI-R scales in the Baltimore Longitudinal Study of Aging. *Psychology and Aging*, 20, 493–506. doi:10.1037/0882-7974.20.3.493

Thoresen, C. E., & Harris, A. H. S. (2002). Spirituality and health: what's the evidence and what's needed? *Annals of Behavioral Medicine*, 24, 3–13. doi:10.1207/S15324796ABM2401_02

Tisdale, T. C., Key, T. L., Edwards, K. J., & Brokaw, B. F. (1997). Impact of treatment on God image and personal adjustment, and correlations of God image to personal adjustment and object relations development. *Journal of Psychology and Theology*, 25, 227–239.

Trujillo, J. L. (2009). *The effect of religiosity and spirituality on mate selection and relationship stability among African Americans* (Tesis doctoral inédita). Capella University, Minnesota.

Tupes, E. C., & Christal, R. E. (1961). *Recurrent personality factors based on trait ratings*. *Journal of personality* (Vol. 60). USA: Technical Report. doi:10.1111/j.1467-6494.1992.tb00973.x

Uziel, L. (2006). The extraverted and the neurotic glasses are of different colors. *Personality and Individual Differences*, 41, 745–754. doi:10.1016/j.paid.2006.03.011

Van Hiel, A., Kossowska, M., & Mervielde, I. (2000). The relationship between Openness to Experience and political ideology. *Personality and Individual Differences*, 28, 741–751. doi:10.1016/S0191-8869(99)00135-X

Watters, W. W. (1992). *Deadly Doctrine: Health, Illness, and Christian God-Talk*. Nueva York: Prometheus Books.

Weber, M. (1958). *The Protestant Work Ethic and the Spirit of Capitalism. A reader in the anthropology of religion*. Nueva York: Scribner's Sons.

Widiger, T. A. (2009). Neuroticism. En M. Leary & R. Hoyle (Eds.) *Handbook of individual differences in social behavior* (pp. 129–146). Nueva York: The Guilford Press.

Wilkins, T. A., Piedmont, R. L., & Magyar-Rusell, G. M. (2012). Spirituality or religiousness: Which serves as the better predictor of elements of mental health? *Research in the Social Scientific Study of Religion*, 23, 53–73.

- Wilt, J., & Revelle, W. (2009). Extraversion. En M. Leary & R. Hoyle (Eds.), *Handbook of individual differences in social behavior* (pp. 257–273). Nueva York: The Guilford Press.
- Woodworth, R. S. (1940). *Psychology*. Henry Holt & Co.
- Yang, J., McCrae, R. R., & Costa, P. T. (1998). Adult age differences in personality traits in the United States and the People's Republic of China. *The Journals of Gerontology*, 53, 375–383. doi:10.1093/geronb/53B.6.P375
- Yang, Y.-J., & Chiu, C. (2009). Mapping the structure and dynamics of psychological knowledge: Forty years of APA journal citations (1970–2009). *Review of General Psychology*, 13, 349–356. doi:10.1037/a0017195
- Zinnbauer, B. J., & Pargament, K. I. (2005). Religiousness and Spirituality. En R. F. Paloutzian & C. L. Park (Eds.), *Handbook of the Psychology of Religion and Spirituality* (pp. 21–43). Nueva York: The Guilford Press.
- Zinnbauer, B. J., Pargament, K. I., & Scott, A. B. (1999). The Emerging Meanings of Religiousness and Spirituality: Problems and Prospects. *Journal of Personality*, 67(6), 890–919. doi:10.1111/1467-6494.00077
- Zitny, P., & Halama, P. (2011). Self-Esteem, Locus of Control and Personality Traits as Predictors of Sensitivity to Injustice. *Studia Psychologica*, 1, 27–40.



PSIENCIA. REVISTA LATINOAMERICANA DE CIENCIA PSICOLÓGICA
PSIENCIA. LATIN AMERICAN JOURNAL OF PSYCHOLOGICAL SCIENCE